

Las aventuras del hada Marcela

Carmen
Gil

Dibujos de
Ana
Cobos



¿Misión imposible?

Aquella tarde, sobre una nube roja de crepúsculo, las hadas Anastasia y Apolonia mantenían una acalorada charla:

–Estoy hasta la punta del gorro de las meduras de pata del hada Marcela –protestaba Anastasia.

–Sí, sí, es verdad –la apoyaba Apolonia–. Tienes razón, últimamente no deja títere con cabeza.

Marcela llevaba ya una buena temporada en paro: desde hacía unos meses nadie mandaba mensajes a su móvil verde chillón para contratar sus servicios de hada madrina a domicilio. Y se aburría

mucho, así que se dedicaba a dar vueltas por el cielo ayudando a todo el que la necesitaba. O no.

Como aquella ocasión en que el ángel Serafín perdió su lira. Marcela, con un meneo de varita, intentó devolvérsela. Pero, como no era muy buena con eso de los encantamientos, solo consiguió sustituirla por una guitarra eléctrica último modelo. Serafín estaba encantado con el cambio, es verdad, y se pasaba día y noche aporreando la guitarra y dando berridos. El resto de los seres celestiales, sin embargo, padecía desde entonces una terrible jaqueca.

O aquella otra en que socorrió a un extraterrestre que volaba por los alrededores. El marciano se había quedado sin gasolina para su nave espacial. Con unas palabras mágicas, Marcela había intentado ponerla en marcha. Pero, en lugar de continuar su excursión interestelar, el platillo volante, con marciano incluido, se pasó un mes dando vueltas sobre sí mismo como un carrusel. ¡Menudo mareo había pillado el pobre Marcial!

Lo peor de todo fue el día en que al Sol se le ocurrió quejarse. «Esto de alumbrar y alumbrar es muy estresante», dijo el astro rey. Marcela, para relajarlo, pronunció un sortilegio que lo dejó

como un tronco. Cuando llegó la hora de levantarse, el Sol estaba tan profundamente dormido que no escuchó su superdespertador y siguió roncando. En la Tierra se quedaron veinticuatro horas a oscuras y cundió el pánico. La gente pensaba que se iba a acabar el mundo y corría de un lado a otro espantada. Los murciélagos y los búhos estaban agotados, porque no llegaba el amanecer para poder retirarse a descansar. Los vampiros campaban a sus anchas sin volver a sus ataúdes. La Luna, que era una coqueta insufrible, se sentía feliz de poder lucir más tiempo su manto de estrellas. Los girasoles daban vueltas y vueltas en busca de un rayo de sol. Menos mal que los hechizos de Marcela no duraban mucho y pronto todo volvió a la normalidad.

—Esto no puede seguir así —determinó enérgicamente Anastasia.

—Estoy de acuerdo contigo, no puede seguir así. Pero... ¿qué podemos hacer?

—Se me acaba de ocurrir una idea fantástica para quitarnos a esta hada atolondrada de encima una buena temporadita.

A las dos se les dibujó en la cara una sonrisa enorme. Y no es que no quisieran a Marcela,

que sí que la querían, pero un hada madrina tarambana y locuela como ella podía agotar a cualquiera. Y más a unas tatarabuelas como Anastasia y Apolonia, que entre las dos sumaban ya mil quinientos ochenta y tres años, siete hijos, dieciocho nietos, cuarenta y nueve bisnietos y ciento treinta y cinco tataranietos.

Y mientras Anastasia explicaba a Apolonia su plan, Marcela estaba de acampada en un cirro y llevaba más de una hora intentando cambiarle el color a un ganso que se había enamorado perdidamente de una gansa. Marcela, para ayudarlo a conquistar su amor, había decidido teñirlo de rosa.

—Seguro que así le robas el corazón —le había asegurado el hada.

Tras muchos intentos, lo único que había logrado era transformarlo sucesivamente en cuervo desmochado, murciélago requetenego y abejorro zumbón. Afortunadamente, Marcela oyó la musiquita de su móvil y lo sacó de su mochila para contestar. Este despiste fue aprovechado por el ganso para salir volando y no parar hasta haber perdido de vista al hada.

—Diga.



–¿Marcela? Soy Anastasia. Tenemos una misión muy importante para ti. ¡Y doble!

A Marcela casi se le sale el corazón del pecho. ¡Una misión importante! ¡Para ella!

–Tienes que ayudar a Lucas y a su perro Trufo. ¡Los pobres tienen miedo hasta de su sombra! –le explicó Anastasia–. Te mando la dirección en un mensaje.

–¿Y cuándo tengo que estar allí? –preguntó Marcela emocionada.

–Cuanto antes, por supuesto –contestó Anastasia.

Marcela recibió el mensaje, preparó su mochila, se puso su minifalda y sus mallas de colores, se pasó el cepillo por su pelo tieso y salió volando.

Lo que no imaginaba el hada ingenua es que Anastasia y Apolonia le habían encomendado esta tarea para tenerla entretenida. Las dos sabían, de más, que se trataba de una misión imposible. Las hadas madrinas más prestigiosas y afamadas habían intentado quitarles el miedo a Trufo y a Lucas sin éxito alguno. Hasta el hada Emiliana, Premio Lobel de Encantamientos y Sortilegios, había fracasado en la empresa.

–No sé si me gusta esto que estamos haciendo –le remordió la conciencia a Apolonia.

–No te preocupes, Apolonia –la consoló Anastasia–. Le servirá para practicar. Y, de paso, todos los habitantes del cielo podremos descansar de sus hechizos y sus buenas intenciones, ¡que van a acabar con nuestros nervios!

Y mientras Anastasia convencía a Apolonia, Marcela viajaba, henchida de emoción, rumbo al cometido más difícil jamás encomendado a un hada.